

EL CONCEPTO DE 'mundo'

EN EL OCCIDENTE DEL IMPERIO ROMANO

(Transición del s. II al III)

INTRODUCCION

El que viniendo de la literatura griega cristiana pasa a la latina, del oriente al occidente del Imperio Romano, experimenta la sensación de la proximidad del centro del gobierno imperial. Es como si se condensaran las fuerzas de la administración, como si el lenguaje y las mismas exigencias de la realidad concreta se hicieran más firmes, más definidas, más urgentes. Nos encontramos más cerca de las manos que empuñan las riendas del Imperio, e inmersos en un mundo de deberes y derechos, de disciplina, y de conducta, de acuerdo o no con la ley. Por eso el concepto cristiano del mundo y de la vida va a brillar aquí particularmente como una moral de exigencias firmes, sobre el cuadro de fondo de los vicios paganos. No como un mero moralismo, sino como la «salutaris disciplina», que procede de Dios, por medio de Cristo.

En los autores griegos puede resaltar el aspecto de la verdadera sabiduría, la auténtica gnosis, la «economía» divina de salvación, considerada en sí misma como un designio actuado de Dios, en el que hay que penetrar, comprendiéndolo cada vez más, a la vez que incorporándose más íntimamente a su realización. Se admite el carácter subjetivo de la salvación, pero destaca el objetivo. En el mundo romano del Occidente cristiano, resalta el aspecto de exigencias concretas de vida, de fidelidad al juramento cristiano, a la disciplina cristiana que nos incorpora al plan salvífico de Dios. Se reconoce el carácter objetivo de la salvación, pero destaca el carácter subjetivo y práctico: lo que ha de hacer el cristiano.

A estas características del mundo romano de Occidente hemos de añadir el ardor de la Iglesia africana, de donde nos vienen los escritos principales, que vamos a examinar, como testigos excepcionales de la Tradición *. Los tiempos eran durísimos, particularmente en las persecuciones de Septimio Severo y de Decio¹. Se vive en una atmósfera sangrienta, entre el heroísmo y la traición, mientras bullen por dentro los problemas eclesiásticos. El apasionamiento volcánico de Tertuliano, el jurista converso, no contribuirá por su parte a suavizar las tensiones. Parece llamado, por su temperamento y su formación, a destacar en toda su crudeza las exigencias incondicionadas del único Señor Absoluto, frente a todo compromiso, o componenda, de la debilidad y cobardía humanas. «Entre el amor del mundo, como creación divina, y el odio del mundo como instrumento del diablo, parece que la espiritualidad cristiana no puede instalarse en un término medio cualquiera, ni escoger uno solo de los extremos»².

Con un fuego de convicción inigualado, Tertuliano va a recordar al mundo que, el Evangelio es irreductible a pensamientos puramente terrenos, y, resultará siempre incomprensible, a quien no esté dispuesto a reconocer su carácter de ruptura con «este mundo». Y esto lo va a gritar con toda su fuerza, en medio del gran Imperio Romano, una de las construcciones humanas más grandiosas que ha conocido la historia.

Consciente del valor y vitalidad de su fe cristiana, se alza contra la injusticia y el odio, con que se trata a los cristianos. Su

* *Nota previa:* Citamos a Tertuliano por la edición del CC. Series Latina I, pars I (excepto alguna cita del *De corona*, tomada de II, pars II) Brepols, Turnholt, 1954.

Abreviaremos así: *Apol.*=*Apología*, *De spect.*=*De spectaculis*, *De praescr. haer.*=*De praescriptione haereticorum*, *De bapt.*=*De baptismo*, *De paen.*=*De paenitentia*, *De pat.*=*De patientia*, *Ad ux.*=*Ad uxorem*, *De cor.*=*De corona*, *De cult. femin.*=*De cultu feminarum*, *Ad mart.*=*Ad martyras*, *Adv. Herm.*=*Adversus Hermogenem*, *De test. an.*=*De testimonio animae*.

¹ Para el ambiente de la Iglesia en Africa, en esta época, son particularmente sugestivas las páginas de HUVÉLIN, *Constantin, Nicée, les hérésies*, vol. 3, caps. III-VI y vol. 4, caps. I-III. En el vol. 3, p. 51, leemos: «Les temps sont si durs qu'Eusèbe écrit qu'à l'époque du martyre de Saint Léonide, sous Septime Sévère, on croyait à l'Antichrist, à la fin du monde par l'excès des maux dont on était accablé... D'après Tertullien, l'idéal chrétien en Afrique, c'est le martyre: Point de destinée ici-bas. Etre riche, c'est donner prise à l'ennemi. Il faut jeûner, ôter à la chair ce quelle a de faible; les ongles de fer ne saurent où saisir une peau desséchée... Voilà le ton.»

Cfr. *Q. S. F. Tertulliani ad Martyras*, di A. QUACQUARELLI, Desclée, Roma, 1963, pp. 36-40.

² L. BOUYER, *La spiritualité du NT.*, ob. cit., p. 539.

palabra es intemperante, pero sus razones son bellas³. Son admirables la fuerza de su ingenio y el fulgor vibrante de su fe. Esos cristianos que compran y venden, comen y beben, trabajan y se mueven por la ciudad, como cualquier otro ciudadano, lo ocupan ya todo: islas, municipios, aldeas, plazas fuertes, los mismos campamentos, las decurias, el palacio, el senado, el foro. Sólo no penetran en los templos⁴, ni se mezclan con los paganos en los espectáculos impuros y en los que de cualquier modo conculcan la dignidad humana (*De spect.* 17,1; 18).

LOS CRISTIANOS EN EL MUNDO DEL IMPERIO

A pesar del odio con que se les mira y, de la hostilidad con que se les trata, los cristianos no son enemigos del Imperio; al contrario, lo mantienen con sus oraciones (*Apol.* 39,2), lo sanean con su conducta, y cumplen sus obligaciones civiles como los mejores ciudadanos⁵. *No son enemigos del mundo, sino del error del mundo* (*Apol.* 37,8).

³ Como afirma A. QUACQUARELLI, *Esegesi patristica*, Adriatica Edit., París, 1969, p. 163: «Egli non è duttile e non è sereno è non sempre può comprendere, sebbene retore, le ragioni altrui. Resta fermo e non si muove dagli sviluppi che l'approfondimento della *regula fidei*, cioè della *Scriptura*, genera in lui.»

Sobre el valor de Tertuliano como teólogo, cfr. J. MOINGT, *Théologie trinitaire de Tertullien*, Aubier, París, 1966, pp. 135-82, y p. 1091: «...qu'il a recueilli fidèlement l'héritage doctrinal de la Tradition...»

⁴ Cfr. *Apol.* 36, 4-5. En *Apol.* 42, 1 ss., Tertuliano prueba que los cristianos colaboran a los negocios de la vida ordinaria y participan en la civilización de su tiempo: «*Navigamus et nos vobiscum et vobiscum rusticamur, et militamus, et mercamur, proinde miscemus artes, opera nostra publicamus usui vestro. Quomodo infructuosi videamur negotiis vestris, cum quibus et de quibus vivimus, nescio. Etsi caerimonias tuas non frequento, attamen et illa die homo sum...*» Y después recorre varios usos comunes, en donde demuestra que, exceptuando lo que pueda ser uso deshonesto, o equívoco en materia de religión, en todo lo demás el cristiano participa en las costumbres romanas: No se lava al amanecer en las Saturnales; pero se lava a una hora honesta y oportuna. No lleva coronas en su cabeza; pero no deja de tener flores en su casa, y gozar con sus aromas. No hacen gastos los cristianos en honor de dioses; pero procuran las honras fúnebres a los difuntos. No llevan ofrendas a los templos paganos, pero ayudan a los hombres pobres y necesitados. Con razón resumía diciendo: «*Infructuosi negotiis dicimur. Quo pacto homines vobiscum degentes, eiusdem victus, habitus, instructus, eiusdem ad vitam necessitatis?*» ... «*Meminimus gratiam debere nos Deo domino creatori: nullum fructum operum eius repudiamus, plane temperamus, ne ultra modum aut perperam utamur.*»

⁵ Se pueden leer, a este respecto, los cap. 30-33 y 36,4 del *Apol.* Allí

Tertuliano se siente poseído, incendiado, arrastrado, por el amor a la verdad. Por eso habla, poniendo a su disposición todos sus recursos de la retórica y del derecho, defendiendo y propugnando hasta sus últimas consecuencias las actividades vitales, y la línea de conducta que exige la fe cristiana. No es que los cristianos se sorprendan del trato que reciben, pues la religión cristiana (la verdad): «*Scit se peregrinam in terris agere, inter extraneos facile inimicos invenire, ceterum genus, sedem, spem, gratiam, dignitatem in coelis habere*» (*Apol.* 1,2). Pero la verdad reclama sus derechos a ser escuchada, antes de recibir la condena.

Que la actitud cristiana es la de renuncia debía de ser evidente, cuando permitía decir a Tertuliano: «¿Cómo vais a cumplir la humildad que profesamos, si no rebajáis el uso de vuestras riquezas y de las elegancias, que sólo contribuyen al honor?» (*2 De cult. fem.* 9,5). Nos llama hoy la atención con qué conciencia de pueblo nuevo, testigo de la voluntad de Dios, se enfrenta el cristianismo en Tertuliano, al mundo del Imperio:

«Nos sumus, in quos decurrerunt fines saeculorum, nos destinati a Deo ante mundum in aestimatione temporali. Itaque *castigando et castrando ut ita dixerim saeculo* erudimur a Deo. Nos sumus circumcisio omnium, spiritualis et carnalis; nam et in spiritu et in carne *saecularia circumcidimus*» (*2 De cult. fem.* 9,8).

Es la misma actitud que habíamos descubierto ya en el anónimo autor de la Carta a Diognetes⁶.

a) *El mundo y el hombre proceden de Dios*

La primera razón que explica la conducta de los cristianos en el mundo: su afirmación neta de la transcendencia de la vida humana. Nada de sentirse ajenos al mundo como creación de Dios:

vemos que los cristianos rogaban por el Emperador, y por los sanos deseos, propios de los hombres: la paz, un ejército fuerte, un senado fiel, un pueblo honrado... Recojo aquí sólo algunas frases comprobatorias de nuestras aserciones: «Cum enim concutitur imperium, concussis etiam caeteris membris eius, utique et nos, licet extranei a turbis, in aliquo loco casus invenimur» (*Apol.* 31,3). Los cristianos ofrecen «*opimam et maiorem hostiam, quam ipse mandavit (Imperator), orationem de carne pudica de anima innocenti, de Spiritu Sancto profectam*» (*Apol.* 30,5, notemos de paso cómo conserva la triple división ya tradicional, cuerpo, alma, Espíritu, para describir el ser cristiano de donde brota la oración). «Itaque nolumus experiri (finem mundi), et dum precamur differri, Romanae diuturnitati favemus» (*Apol.* 32,1; cfr. 39,2).

⁶ *Ad Diogn.* 6,5 ss. Cfr. M. RUIZ JURADO, *El concepto de mundo en los tres primeros siglos...*, Roma, 1971, pp. 47-56.

Hay un único Dios «qui universa condiderit, qui hominem de humo struxerit». El mismo «qui *producto aevo isto iudicaturus sit suos cultores in vitae aeternae restitutionem, profanos in ignem aequae perpetem et iugen, suscitatis omnibus ab initio defunctis*». Y hecha la confesión de fe, se yergue retadora la figura noble de Tertuliano, con su estilo definitivo: «Haec et nos risimus aliquando. De vestris sumus; fiunt, non nascuntur Christiani» (cfr. *Apol.* 18,2-4).

Esta sola razón, de la admisión firme de la transcendencia de la vida humana, podría explicar casi todas las actitudes de los cristianos frente al mundo, ya que ella se funda en la fe en el único Dios Creador del universo: del hombre, de los espíritus, de la materia y de los seres materiales⁷. Y ese único Dios ha creado al hombre por amor, ha amado al hombre como Padre, y lo ha destinado a participar de su felicidad eterna⁸.

El cristiano, de acuerdo con su fe, no puede mirar al mundo como un pitagórico que admite la transmigración de las almas. Ni como un platónico que en definitiva priva al hombre del cuerpo. Ni como un epicúreo que no admite la inmortalidad del alma y mira sólo a su independencia y orgullo personal: «Ea opinio christiana etsi honestior multo Pythagorica, quae te non in bestias transfert, etsi plenior Platonica, quae tibi etiam dotem corporis reddit, etsi epicurea gravior, quae te ab interitu defendit, tamen propter suum nomen soli vanitati et stupori et, ut dicitur praesumptioni deputatur» (*De test. an.* 4,2). El cristiano puede sentir la poesía de la materia natural, y loarla, al saberla escogida por

⁷ Tertuliano mantiene una inclinación a considerar toda sustancia en alguna manera corporal. Es un pensamiento semejante al que encontramos en Orígenes: «Nisi faller enim, omnis res aut corporalis sit necesse est aut incorporalis, ut concedam interim esse aliquid incorporale, de substantiis dumtaxat, cum ipsa substantia corpus sit rei cuiusque» (*Adv. Herm.* 35,2). Pero en el cap. 34,3 del citado libro defiende abiertamente que la materia no es algo eterno, sino sacada de la nada por Dios: «Omnia ex nihilo edita in nihilum perventura.»

⁸ «Deus scilicet: *tam pater nemo, tam pius nemo*» (*De Paen.* 8,7): frase maravillosa que conviene tener presente, para no atribuir a concepción tenebrista de Dios, las exigencias que en Tertuliano venían dictadas por otros motivos más claramente cristianos.

«Agnothetes Deus vivus est, xystarches Spiritus Sanctus, corona aeternitatis, bravium angelicae substantiae» (*Ad mart.* 3,3): fundado en *Filip.* 3,13-4.

En el *Apol.* 50 proclama que no van los cristianos a la muerte desesperados y como locos, sino como el que lucha para alcanzar la victoria. No por la gloria y fama de este mundo, ni siquiera la que los paganos atribuyen a la virtud: «Ea victoria habet et gloriam placendi Deo, et praedam vivendi in aeternum» (50,2): cfr. 1 Cor. 9,25.

Dios para vehículo de su comunicación sobrenatural (cfr. *De bapt.* 3,5-6; 18,5). El agua, por ejemplo, que santificada por el Espíritu, se convierte en santificadora, es el agua creada, de la misma naturaleza que aquella que al comienzo de todo «solus liquor, semper materia perfecta laeta simplex, de suo pura dignum vectaculum Deo subiciebat» (*De bapt.* 3,2). Como bien notó Spanneut: «Il crie son mépris de certaines, valeurs naturelles, mais personne peut-être n'a professé plus de respect pour la nature et un tel culte pour l'homme»⁹.

Pero el cristiano no profanará la creación dando el lugar de dioses en su corazón a los seres de este mundo (*De spect.* 9,6).

«Doctrinae index disciplina est. Negant Deum timendum: itaque libera sunt illis omnia et soluta. Ubi autem Deus non timetur nisi ubi non est? Ubi Deus non est, nec veritas ulla est; ubi veritas nulla est, merito et talis disciplina est. At ubi Deus, ibi metus in Deum qui est initium sapientiae. Ubi metus in Deum ibi gravitas honesta et diligentia attonita et cura sollicita, et adlectio explorata et communicatio deliberata et promotio emerita, et subiectio religiosa et apparitio devota et processio modesta, et ecclesia unita et Dei omnia» (*De praescr. Haer.* 43,2-5).

Siempre distinguirá la infinita transcendencia de Dios que se sirve de los elementos humildes, sencillos, de lo que a los hombres parece necio e impotente, para confundir a la sabiduría y potencia de este mundo: «... Quoniam virtus omnis ex his causam accipit, a quibus provocatur» (*De Bapt.* 2,3).

El mundo salido de las manos de Dios es para el cristiano como un todo, ordenado, maravilloso, manifestación de la gloria, majestad, sabiduría y poder infinito de Dios (cfr. *Apol.* 11,5; *De bapt.* 3,3...); todo ha sido sometido al hombre, para que sea administrado por él, según la voluntad de Dios (*De spect.* 2,4-7). Un mundo al que el mismo Esplendor del Padre no ha tenido inconveniente en santificar, asumiéndolo en la unidad divino-humana de Cristo: «Iste igitur Dei radius, ut retro semper praedicabatur delapsus in virginem quamdam et in utero eius caro figuratus nascitur homo Deo mixtus. Caro spiritu structa nutritur, adolescit, affatur, docet, operatur, et Christus est» (*Apol.* 21,14).

⁹ M. SPANNEUT, *Tertullien et les premiers moralistes africains*, Duculot-Lethielleux, París, 1969, p. 60.

Cfr. R. F. REFOULÉ-M. DROUZY, *Tertullien, Traité du Baptême*, S. C., París, 1952, p. 68, nota 2; R. F. REFOULÉ-P. DE LABRIOLLE, *Tertullien, Traité de la prescription contre les hérétiques*, S. C., París, 1957, sobre el apoyo de Tertuliano en la 'regula fidei', pp. 45-66.

Por eso, Tertuliano considera herejes a los que hacen de la materia una como diosa madre, increada y eterna, igual que a Valentín, que niega la resurrección de la carne, y a Apeles, que prohíbe el matrimonio, y a los cainitas, que cometen la fornicación; a Marción, que niega que Jesús haya venido en carne, y a Hebión, que niega que Jesús sea el Hijo de Dios (*De praescr. haer.* 33,6).

b) *La perturbación del orden mundano: obra del falsificador*

La aceptación positiva de la creación y de Dios trascendente va unida, en la fe cristiana, con el reconocimiento de la corrupción existente en el mundo real. Porque como el cristiano reconoce la verdad de la bondad natural de la creación, acepta también la jerarquía de los seres y sumisión de todos al plan sobrenatural trazado por Dios. Es consciente de la maravillosa ordenación divina, pero sabe también que ha sido perturbada por la intervención pecaminosa del espíritu maligno y del hombre:

«Sed quia non penitus Deum norunt (infideles), nisi naturali iure non etiam familiari, de longinquo non de proximo, necesse est ignorent qualiter administrari aut iubeat aut prohibeat quae instituit, simul quae vis sit aemula ex adverso adulterandis usibus divinae conditionis: quia neque voluntatem, neque adversarium noveris eius, quem minus noveris. Non ergo hoc solum respiciendum est, quo omnia sint instituta, sed a quo conversa. Ita enim apparebit, cui usui sint instituta, si apareat, cui non. Multum interest inter corruptelam et integritatem, quia *multum est inter institutorem et interpolatorem*. Ceterum omnes species malorum, quae etiam ethnici indubitate et prohibent et defendunt, ex operibus Dei constant» (*De spect.* 2,5-7).

No se puede argüir, por tanto, de la bondad de la creación divina, para acusar a los cristianos de impiedad, porque se niegan a participar en los espectáculos paganos. Es verdad que las piedras, la argamasa, los mármoles, las columnas, los edificios y aun los mismos actos que en ellos se ejecutan, son cosa de Dios, o al menos se realizan bajo el cielo de Dios. Pero el cristiano sabe algo más: «Neque enim oculos ad concupiscendum sumpsimus, neque linguam ad maliloquium, et aures ad exceptaculum maliloquii, et gulam ad gulae crimen, et ventrem ad gulae satietatem et genitalia ad excessus impudicitiae, et manus ad vim et gressus ad vagam

vitam, aut spiritus ideo insitus corpori, ut insidiarum et fraudum et iniquitatum cogitatorium fieret... (y concluye la argumentación teológica con su estilo lapidario de estructura forense) Hacc fit tota ratio damnationis, *perversa administratio conditionis a conditis*... Neque dubitari oportet, cum ipsum hominem opus et imaginem Dei totius universitatis possessorem, illa vis interpolatoris et aemulatoris angeli ab initio de integritate delecerit, *universam substantiam eius* (se refiere al mundo), pariter cum ipso *in perversitatem demutavit adversus institutorem*: ut quam doluerat homini concessam non sibi in ea ipsa et hominem reum Deo faceret, et suam dominationem collocaret» (*De spect.* 2,10-12).

La ignorancia se convierte en sabia argumentadora cuando teme perder algún placer de este mundo. Su argumentación se hace, a veces, más insinuante y tentadora: «Nihil obstrepere religioni in animo et in conscientia tanta solacia extrinsecus oculorum vel aurium: nec vero Deum offendi oblectatione hominis, qua salvo erga Deum metu et honore, suo in tempore et suo in loco frui scelus non sit» (*De spect.* 1,3). Tertuliano es realista y conoce las argucias de la pasión humana. Tanto el sabio como el necio saben que han de morir, pero la realidad es que *no quieren dejar el placer, porque no encuentran otra compensación en la vida*. Sabe que hay muchos que se apartan del cristianismo, «más por el peligro que supone para el placer, que por el que supone para la vida» (cfr. *De spect.* 2,3).

c) *Las cosas mundanas y vanas*

Más aún, su conciencia de la santidad del cristiano le lleva a hilar más fino: «Deus praecepit Spiritum Sanctum, utpote pro naturae suae bono tenerum et delicatum, tranquillitate et lenitate et quiete et pace tractare, non furore, non bile, non ira, non dolore inquietare. Huiusmodi cum spectaculis poterit convenire? Omne enim spectaculum sine concussione spiritus non est. *Ubi enim voluptas ibi et studium*, per quod scilicet voluptas sapit; *ubi studium, ibi et aemulatio*, per quam studium sapit. Porro et *ubi aemulatio, ibi et furor et bilis et ira et dolor et cetera ex his, quae cum his non competunt disciplinae*. Nam et si qui modeste et probe spectaculis fruitur pro dignitatis et aetatis vel etiam naturae suae condicione, non tamen immobili animo et sine tacita spiritus passione. Nemo ad voluptatem venit sine affectu, nemo

affectum sine casibus suis patitur. Ipsi casus incitamenta sunt affectus. Ceterum si cessat affectus, nulla est voluptas, et est reus iam ille vanitatis eo conveniens ubi nihil consequitur. Sed puto autem etiam vanitas extranea est nobis. Quid quod et ipse se iudicat inter eos positus, quorum se simul nolens utique detestatorem confitetur? Nobis satis non est, si ipse nihil tale facinus, nisi et talia factitantibus non conferamur. 'Si furem, inquit, videbas, currebas cum eo'. Utinam ne in saeculo quidem simul cum illis moraremur. Sed tamen *in saecularibus separamur, quae saeculum Dei est, saecularia autem diaboli*» (*De spect.* 15,2-8).

Podemos concluir que Tertuliano llama 'saecularia' no sólo a la perversión, sino a los instrumentos de que se sirve el Enemigo, *de ordinario*, para pervertir al hombre, apoyándose en la excitación de sus pasiones¹⁰; aunque se puedan, de suyo experimentar con honestidad de ánimo. Tal honestidad queda sólo en teoría, cuando se tienen en cuenta las circunstancias y la intención. Este es el pensamiento de Tertuliano, que al menos ha de servir como advertencia general.

He aquí el por qué de la actitud ascética del cristiano en el mundo, actitud que no reconocerá quien no tenga fe; ni comprenderá sus delicadezas, quien no tenga una fe muy viva y un amor muy ardiente de Cristo¹¹. Algunos decían que los cristianos tomaban así la vida para acostumbrarse a despreciarla, despreciando los placeres, que son como los garfios con que nos aferramos a este mundo y nos retienen en él. ¡Cómo si todo fuese un designio concebido por los hombres! Pero Tertuliano redarguye. Aun sólo

¹⁰ Son mundanas ('saecularia'), en cuanto que nos apegan a *este siglo* ('este mundo') haciéndonos olvidar o contrariar nuestro destino al *otro* (mundo).

«An ille recogitabit eo tempore de Deo, positus illic ubi nihil est de Deo? Pacem opiner habebit in animo contendens pro auriga, pudicitiam ediscet, attonitus in mimos... ipsa consensio, ipsa in favoribus aut conspiratio aut dissensio inter se de commercio scintillas libidinum conflabellat. Nemo denique in spectaculo ineundo prius cogitat nisi videri et videre... cum athletae agent, ille dicturus est reperiendum non esse... Avertat Deus a suis tantam voluptatis exitiosae cupiditatem» (*De spect.* 25,1-4).

En analogía con la paloma de la paz que siguió al diluvio, también sobre la carne lavada en el bautismo el Espíritu trae la paz de Dios. Pero el mundo retorna a pecar; por eso el mundo, afirma Tertuliano, lo mismo que el bautizado que retorna al pecado «igni destinatur» (*De bapt.* 8,4-5).

¹¹ Es la debilidad de la fe, la que se inclina siempre *in concupiscentias saecularium gaudiorum*. Tertuliano dirá en el mismo pasaje: «Difficile in domo Dei dives, ac si quis est, difficile caelebs...? Unde nisi a diabolo maritum petent idoneum exhibendae sellae et mulabus... Christianus ista (las fastuosidades) etiam dives fortasse non praestet» (2 *Ad ux.* 8,3-7).

por eso valdría la pena; pues el cristiano es un mártir designado. Más aún, un testigo juramentado, comprometido ya con un juramento de fidelidad a Cristo; por el cual renunció, en la ceremonia más solemne de su vida, al diablo y a todas sus pompas en este mundo: «Ne quis argumentari nos putet, *ad principalem auctoritatem* convertar *ipsius signaculi nostri*. Cum aquam ingressi Christianam fidem in legis suae verba profiteamur, renuntiasset nos diabolo et pompae et angelis eius ore nostro contestamur» (*De spect.* 4,1-2). Y «nihil enim non diaboli est, quidquid Dei non est, vel Deo displicet: hoc erit *pompa diaboli*, adversus quam in signaculo fidei eieramus. Quod autem eieramus neque factum, neque dictum, neque visum, neque prospectum participare debemus» (*De spect.* 24,2-3)¹².

d) *La lucha del cristiano en el mundo*

El cristiano no es como los demás, que no ven en el mundo otra compensación, y por eso han de agarrarse a los placeres. El cristiano recibe por el bautismo el Espíritu de Dios, que primero

¹² Hay que reconocer que no siempre es igual de sólida la fuerza de la argumentación tertuliana. A veces le traiciona su fuego oratorio, y la fuerza de su dialéctica le lleva a posiciones o juicios en que difícilmente se puede salvar el equilibrio. Como cuando escribe en *De cult. fem.* 5,4-5. «Quod nascitur, opus Dei est. Ergo quod infingitur, diaboli negotium est... Quomodo praecepta Dei custodietis, lineamenta non custodientes?» Estos casos no deben hacernos olvidar los normales, llenos de fuerza y solidez cristiana en sus argumentos, manifestación fulgurante y, con frecuencia, de una precisión excepcional, del pensamiento tradicional en los Padres.

Como en las aguas del Mar Rojo, el pueblo escogido fue liberado de los egipcios, en el bautismo «liberantur de saeculo nationes...» (*De bapt.* 11,1). Pero queda al cristiano una lucha que ha de mantener en el mundo hasta la hora final (*De bapt.* 12,7).

Las pompas del diablo podemos considerarlas en: dignidades del mundo, festejos, deseos vanos de popularidad, servidumbres humanas, glorias que avergüenzan y, en el fondo de todo ello, no falta algo de idolatría (cfr. *De cor.* 13; *De spect.* 12). Véase H. RAHNER, pp. 255-270: *Pompa diaboli*, ZKth 55, 1931.

San Cirilo de Jerusalén en sus *Catequesis* incluirá dentro de «pompa et cultus diaboli» los espectáculos indecentes vanos y peligrosos, idolatría, adivinación, amuletos, etc. (cfr. *Cateq.* XIX, Mistagog. 1.^a, 6-8 y *Cateq.* III). Exhortará en este tono: «Desocupaos y sabed que yo soy Dios, dice la Escritura. Dejaos de hablar cosas inútiles, no oigáis con gusto al charlatán, antes sed pronto para la oración. Mostrad en vuestra ascética la fortaleza de vuestro corazón. Purificad el vaso para que recibáis más gracia; pues el perdón de los pecados se da por igual a todos, pero la participación del Espíritu Santo es a medida de la fe de cada uno» (*Cateq.* I, n. 5, en A. UBIERNA, *S. Cirilo de Jerusalén. Las Catequesis*, Raz Fe, Madrid, 1926, pp. 54-5).

fue dado al hombre con el soplo divino del Génesis, y el hombre lo perdió por el pecado: «Restituitur homo Deo ad similitudinem eius, qui retro ad imaginem Dei fuerat» (*De bapt.* 5,7). Al salir del agua bautismal, el cristiano encuentra una Madre, unos hermanos y, sobre todo, puede llamar a Dios, a boca llena, padre (cfr. *De bapt.* 20,5). Al prometer seguir a Cristo se ha comprometido a una vida de lucha contra las *tentaciones del diablo y del mundo* (*Ad mart.* 3,1). Porque *el mundo es como un mar*¹³. Nos asaltarán los peligros, las olas de las persecuciones, mientras el Señor parece dormir, hasta que al final domine las furias del 'siglo' y devuelva la tranquilidad a los suyos (*De bapt.* 12,7; cfr. *De paen.* 1,3). Pero en esa lucha persevera, confortado con el alimento divino de la Eucaristía; y con la esperanza de los bienes eternos, fomentada por la palabra santa del Señor, y vida en la caridad fraterna¹⁴.

El resumen de Tertuliano, en este punto, es enormemente expresivo: «Quae maior voluptas, quam fastidium ipsius voluptatis, quam *saeculi totius contemptus*, quam vera libertas, quam conscientia integra, quam vita sufficiens, quam mortis timor nullus, quod calcas deos Nationum, quod daemonia expellis, quod medicinas facis, quod revelationes petis quod Deo vivis?» (*De spect.* 29,2-3).

Los cristianos que nos presenta Tertuliano no parecen interesarse demasiado por triunfos de partido, por visiones cortas de estrecho nacionalismo: «At enim nobis ab omni gloria et dignitatis

¹³ Es una comparación que ya encontramos insinuada en San Teófilo de Antioquía y en San Ireneo (*Ad Aut.* 2,14; *Adv. Haer.* 5,34,3).

¹⁴ Cfr. *De praescr. haer.* 36,3-5. En *De Bapt.* 20,4 se nos dice que el Señor, con su ayuno: «Ostendit non panem vivere hominem Dei sed Dei verbo, temptationesque plenitudini et inmoderatae ventris adpositas abstinentia elidi.» Véase la descripción de las reuniones cristianas en *Apol.* 39.

¹⁵ Es claro que 'mundum' aquí tiene un sentido diferente del que tenía 'saeculum' en la expresión 'saeculi totius contemptus' del párrafo anterior. Conviene tenerlo presente, cuando se juzga de la actitud de los cristianos ante el mundo. El cristiano se siente ciudadano de toda la tierra, o con otras palabras: dondequiera haya hombres, allí hay una parte del interés de los cristianos. No se siente ajeno el cristiano, al interés auténtico de ningún hombre, por alejado que esté en el espacio; porque a todos los mira como conciudadanos, más aún, como hermanos.

En cambio, estima menos todos los placeres y honores, que puedan ofrecerle los bienes o estructuras humanas de este mundo, que el agrado de Dios; por eso está dispuesto a despreciarlo todo, siempre que sea necesario o conveniente para servir al Señor: «Quae maior voluptas... *quam saeculi, totius contemptus*, quam vera libertas, quam conscientia integra?» (cfr. *De spect.* 29,2-3).

ardore frigentibus nulla est necessitas coetus, nec ulla magis res aliena quam publica. *Unam omnium rempublicam agnoscimus, mundum*» (*Apol.* 38,3)¹⁵. Sus costumbres ordinarias podemos verlas descritas en *2 Ad ux.* 4: estaciones, ayunos, procesiones, visitas a los hermanos en los tugurios, reuniones nocturnas, banquete dominical; preocuparse por el alimento de los santos, dar hospedaje, ofrecer limosnas; atender a los huérfanos, necesitados, viudas, acudir a los encarcelados o perseguidos por la fe (*Apol.* 39). Esto, aparte de los oficios de cada uno, como ciudadano, y de su profesión particular. A los esposos cristianos se les aconseja hacer la señal de la cruz sobre el cuerpo y sobre el lecho, levantarse de noche a orar, tomar la Eucaristía antes de todo alimento (*2 Ad ux.* 5,2). No coronarse, no asistir a reuniones de grupos paganos, ni poner en su boca los cantos de los impíos. El cristiano ha de hablar de Dios, invocar a Cristo, leer las Sagradas Escrituras, recibir la bendición de Dios (*2 Ad ux.* 6,1-2).

No es a una religiosa, ni a un monje, sino a una persona seglar cristiana de comienzos del siglo III, a la que se escribe: «*Stude igitur ad virtutem continentiae modestiae, quae pudori procurat, sedulitati, quae (nugas) non facit, frugalitati, quae saeculum spernit. Convictus atque colloquia Deo digna sectare, memor illius versiculi sanctificati per Apostolum: 'Bonos corrumpunt mores congressus mali'... Per loquacitatem ingerunt verba pudoris inimica, per otium a severitate deducunt, per vinolentiam quidvis mali insinuant, per curiositatem aemulationem libidinum conveniunt*» (*1 Ad ux.* 8,3-4).

Ni es sólo Tertuliano, quien así aconseja y presenta a los cristianos, llevado de su tendencia al rigor. El pacífico y moderado romano Minucio Félix escribe en sustancia lo mismo: «*Nobis homicidium nec videre fas nec audire, tantumque ab humano sanguine cavemus, ut nec edulium pecorum in cibus sanguinem noverimus*» (*Oct.* 30,6; PL 3, col. 335). Evitan los espectáculos, porque en ellos se fomentan el furor y la lascivia: «*Nunc enim minus vel exponit adulteria vel monstrat, nunc enervis histrio amorem dum fingit, infligit*» (*Oct.* 37,12; PL 3,354)¹⁶. No necesitan

¹⁶ «*Dives es? sed fortunae male creditur, et magno viatico breve vitae iter... oneratur*»... «*Vanus error hominis et inanis cultus dignitatis, fulgere purpura, mente sordescere... Omnes tamen pari sorte nascimur, sola virtute distinguimur*» (*Oct.* 37,9-10; PL 3, col. 354). En el c. 31 advierte que los cristianos se unen de buen grado *en matrimonio*, pero *a una sola mujer*, y en orden a la procreación, *o a ninguna*; sus convites son honestos y sobrios, y son muchos los que «*gozan de la perpetua virginidad* de su cuerpo

ni ambicionan lo que lo demás poseen, porque son ricos en Dios: «Sed nos *contemnere malum* opes, quam continere, innocentiam magis cupimus, magis patientiam flagitamus, malum nos bonos esse, quam prodigos»... «Vires denique et mentis et corporis sine laboris exercitatione torpescunt» (*Oct.* 36,7-8: PL 3,351-2).

Según Tertuliano, eran muchos los cristianos que desde su bautismo guardaban continencia («carnem suam obsignant»), y los que de mutuo acuerdo se abstienen de la unión conyugal en el matrimonio: «Voluntarii spadones pro cupiditate regni caelestis», «Quodsi salvo matrimonio abstinentia toleratur, quanto magis adempto?» (*1 Ad ux.* 6,2; *cfr. Apol.* 9,19).

La continencia es mirada como *instrumento de eternidad, testimonio de fe, recomendación de la carne*, que ha de ser galardonada con el vestido de la inmortalidad, *anticipo ya aquí de la voluntad última de Dios*. De alguna manera *sustituye al martirio* de sangre, ya que no es lícito a nadie anticipar el término de su vida (*1 Ad ux.* 7,1-2)¹⁷.

divpilo de... rihusq... obuy...

sup el sup

inviolado, en vez de jactarse de ello» (*Oct.* 31,5; PL 3, col. 337). Tan pacíficos son solos, como cuando están reunidos; pues todos piensan lo mismo, acerca del único bien. «Non notaculo corporis, ut putatis, sed innocentiae ac modestiae signo (nos) facile dignoscimus... Fratres vocamus ut unius Dei parentis homines, ut consortes fidei et spei coheredes» (*Oct.* 31,8; PL 3, col. 338).

¹⁷ La continencia es instrumento preferible en orden a la eternidad: «Nam etsi non delinquas recumbendo, carnis tamen pressuram subsequi dicit» (*1 Ad ux.* 7,3). Testimonio de fe, pues se escoge por el Reino de los cielos, por quien ha creído en una vida diferente de la de aquí, la vida eterna con que nos regala Cristo: «Denique prohiberi nuptias nunquam omnino legimus, ut bonum scilicet. Quid tamen bono isto melius sit accipimus ab Apostolo, permittente quidem nubere, sed abstinentiam praefere: illud propter insidias temptationum, hoc propter angustias temporum» (*1 Ad ux.* 3,2).

La relación entre una consagración especial a Dios y la continencia, se insinúa en Tertuliano, a través de su concepto «sacerdotium viduitatis et coelibalium» (*cfr. 1 Ad ux.* 7,3). Por consideración a la santidad del altar, no era agregada al orden de las viudas en la Iglesia, la procedente de segundas nupcias, como tampoco se permitía el acceso al sacerdocio al hombre casado en segunda nupcias.

Es claro el reconocimiento del carácter sagrado del ministerio. El bautismo lo pueden administrar los seculares; pero se manda que se limiten a los casos de necesidad: «Quanto magis laicis disciplina verecundiae et modestiae incumbit, cum ea maioribus competant, ne sibi assumant episcopi officium. Episcopatus aemulatio scismatum mater est.» Por eso clama contra la mujer, que se arroga el derecho a enseñar, y hasta de bautizar; Tertuliano se apoya en *1 Cor.* 14,34-35. Véase todo el pasaje *De bapt.* 17,2-4.

e) *La cárcel de este mundo*

Sólo una fe tan profunda y tan viva puede comprender que el mundo, en esta situación, resulte para el cristiano como una cárcel. Más todavía, que se prefiera la cárcel a la vida que ofrece, de ordinario, el mundo. *El mundo tiene tinieblas* más opacas, pues son tinieblas que obcecan la mente humana. En él se alientan peores suciedades, las concupiscencias humanas. Viven en él muchos más reos; pues toda la humanidad paga en el mundo la condena, no de un procónsul, sino de Dios. Los encarcelados por la fe pueden pensar, si acaso, que han sido trasladados dentro de la cárcel a un calabozo. Se respira mal, pero son ellos el 'olor de suavidad'. Se podría contristar en esa situación el que no ha renunciado a los frutos de la vida mundana. Pero el cristiano ha renunciado al mundo, aun sin estar encarcelado. Renunciar también en la cárcel a la cárcel, ¿qué tiene de extraño? No importa en qué parte del mundo se está cuando ya se está fuera del mundo. «Et si aliqua amisistis vitae gaudia: negotiatio est aliquid amittere, ut maiora lucreris» (cfr. *Ad mart.* 1,1-6).

Es más lo que adquiere el espíritu en la cárcel que lo que pierde la carne. La carne no pierde lo que es justo, debido al cuidado de la Iglesia, y a la caridad de los hermanos. En cambio, el espíritu adquiere lo que le ayuda a su fe: no se ve obligado a ver los dioses falsos, no se tropieza con los ídolos, no tiene que estar presente en las fiestas usuales de los gentiles, ni sentirse impresionado por las atrocidades, el furor o la impureza de los que las celebran, sus ojos no topan con los lugares de pública deshonestidad, se ve libre de escándalos, malos recuerdos, y aún de la persecución. La cárcel ofrece al cristiano lo que el desierto a los Profetas. Y aún le permite imitar muy en concreto al Señor, que con frecuencia se retiraba «ut liberius oraret, ut saeculo cederet». Más que cárcel es un retiro. Aunque el cuerpo se sienta atado, el espíritu es libre para volar por los caminos que conducen a Dios: «Ibi ergo sit cor nostrum, ubi volumus habere thesaurum» (cfr. *Ad mart.* 2,6 ss.).

El cristiano no es un masoquista, sino que vive unas realidades que no puede gustar el que no tiene fe¹⁸. Por eso el mundo no

¹⁸ Sólo así se explica la coexistencia en el cristiano de una apreciación positiva, tierna y aún poética del mundo —como la que muestra Tertuliano en *Apol.* 17,1-6— con su concepción vital del mundo como 'cárcel':

«... Virtute qua potuit, de nihilo expressit in ornamentum maiestatis

comprende el estilo de vida del cristiano. Para comprenderlo hay que vivir en la fe y de la fe: «Siquidem rector animus facile communicat spiritus invecata cum habitaculo suo. Quae igitur negotiatio patientiae in corpore? Imprimis adfflictatio carnis, hostia Domino placatoria per humiliationis officium, cum sordes cum angustia victus Domino libat contenta simplici pabulo puroque potu, cum ieiunia coniungit, cum cinere et sacco inolescitur. Haec patientia corporis praecationes commendat, deprecationes adfirmat, haec aures Dei aperit, severitatem dispergit, clementiam elicit» (*De pat.* 13,1-3). De aquí proceden los estilos diversos del mundo y del cristiano: «Vicibus disposita res est. *Nunc illi laetantur, nos conflictamur*: 'saeculum gaudebit, vos tristes eritis' (*Jo.* 16,20)» (*De spect.* 28,1-2)¹⁹.

Por lo demás, es de algún modo un gozo, entrenarse durante la paz, para el combate, mediante la dureza que pone a tono las energías del alma y del cuerpo (cfr. *1 Cor.* 9,27). Sobre todo, cuando el entrenador es el Espíritu Santo, y el premio, la vida eterna en un combate ajustado por el mismo Dios (cfr. *Ad mart.* 3,1-3).

CONCLUSION

Mundo cárcel, mundo palestra, mundo vano y falsificado por obra del pecado y de Satán; pero también mundo bueno y ma-

suae, unde et graeci nomen mundo κόσμον accommodaverunt... Vultis ex operibus suis tot ac talibus, quibus continemur, quibus sustinemur, quibus oblectamur, etiam quibus exterremur, vultis et animae ipsius testimonio comprobemus? Quae licet *carcere corporis pressa*, licet institutionibus pravis circumscripta, licet libidinibus et concupiscentiis evigorata, licet falsis deis exancillata, cum tamen respiscit, ut ex crapula, ut ex somno, ut ex aliqua valetudine, et sanitatem suam patitur, Deum nominat hoc solo nomine, quia proprio Dei veri: 'Deus magnus, Deus bonus', et 'quod Deus dederit' omnium vox est. Judicem quoque contestatur illum: 'Deus videt' et 'Deo commendo' et 'Deus mihi reddet'. O testimonium animae naturaliter christianae!»

¹⁹ Recalca la necesidad de que el cristiano muestre su fe viva, en la vida eterna, mediante la abnegación de los placeres de este mundo: «Delicatus es, Christiane, si et in saeculo voluptatem concupiscis, imo nimium stultus, si hoc existimas voluptatem... Non possumus vivere sine voluptate, qui mori cum voluptate debemus? Nam quod est aliud votum nostrum, quam quod et Apostoli, *exire de saeculo et recipi apud Dominum*? Haec voluptas, ubi et votum» (*De spect.* 28,3-5).

Aunque en Tertuliano encontremos a cada instante pensamientos, lugares comunes, y procedimientos que se pueden enlazar perfectamente con la tradición cínico-estoica, su espíritu, sus motivaciones, se muestran perfectamente arraigados después en la Tradición cristiana: cfr. M. TURCAN, *Tertullien. La toilette des femmes*, S. C., París, 1971, pp. 33-6.

ravillosamente bello puesto al servicio del hombre por Dios. Todos estos conceptos los hemos encontrado sugeridos, enunciados, y más o menos explícitamente desarrollados por los Padres estudiados hasta ahora; pero quizá nunca tan claramente cincelados, tan fuertemente destacados en todas sus aristas, como al calor de la pasión, la inteligencia aguda y la ardiente fe de Tertuliano. Para más seguridad, en la perspectiva de un argumento teológico de Tradición, hemos preferido detener nuestro estudio en las obras de Tertuliano católico, donde se reconoce con toda nitidez el pensamiento cristiano sobre el mundo, a que ya nos han habituado los Padres²⁰.

Desde el punto de vista filológico es interesante notar la predilección de Tertuliano por «mundus» para expresar el sentido de κόσμος = universo en un sentido de ascendencia helénica, y, en cambio «saeculum» o «saecularia» para significar el matiz neotestamentario negativo de 'mundo', aunque no siempre lo haga así²¹.

Pero quizá la contribución más original de Tertuliano, por lo que respecta a nuestro estudio, es la aportación de motivaciones, y la refutación de las objeciones que el cristiano encuentra para justificar su conducta frente al mundo. Para este fin era pintiparado su talento retórico y su temperamento dialéctico. La perspectiva de la vida eterna, la necesidad de mantenerse a tono para el combate, la conciencia de los verdaderos valores, la santidad del carácter cristiano y del compromiso contraído en el bautismo, el desorden existente en el mundo, la dependencia absoluta de Dios,

²⁰ Con todo, recojamos aquí unas luminosas consideraciones de L. BOUYER (*La spiritualité du NT. et des Pères*, ob. cit., p. 540): «L'attrance fascinatrice qu'exercera sur lui le montanisme, avec sa pretension d'avoir conservé ou recouvré l'expérience immédiate de l'Esprit, est la conséquence normale de cette intuition: la coupure avec ce monde suppose, à moins de se perdre dans le néant, la possibilité d'une expérience de l'autre monde, aussi réelle à sa manière que celle de ce monde-ci à laquelle nous sommes accoutumés.

Quelle que soit la brutalité, l'étroitesse de l'expression donnée par Tertullien à ce couple de convictions inséparables, on ne peut contester qu'il ait fait saillir une donnée irréductible de l'Évangile. Tel est le secret de l'attrance permanente de ses positions sur toute l'histoire ultérieure du christianisme, et la raison la plus profonde pour laquelle, malgré ses erreurs incontestables, on ne peut pas ne pas le considérer comme un Père de l'Église».

²¹ Nos referimos a las obras de Tertuliano católico: Cfr. A. P. ORBÁN, *Les dénominations du monde chez les premiers auteurs chrétiens*, Noviomagi, 1970, pp. 175-85, 193-9, 214-21; CH. MOHRMANN, *Tertullianus...*, Monumenta Christiana, eerste reeks, deel III. Utrecht-Brussel, 1951, p. LXXIII, y *Études sur le latin des chrétiens*, Roma, 1961 (vol. II), pp. 235-46; 1966 (vol. III), pp. 387-8. No hay que atribuir nuestras conclusiones a su exceso posterior de rigidez montanista.

y en todo campeando: la necesidad de manifestar con obras consecuentes con la fe que se profesa, la aceptación que hemos hecho de Dios, como Dios auténtico en nuestra vida²³. No basta con reconocer el origen de las cosas, sino que es preciso respetar su destino. Todos los males se cometen actuando con cosas buenas que son de Dios. No es preciso que se diga expresamente en la Escritura lo que ya está contenido en exigencias generales, que hay que aplicar con el mismo espíritu a las circunstancias particulares. Aun las vanidades y acciones sin utilidad no pueden cohonestarse para quien es consciente de la santidad de su compromiso cristiano. Hay que dar el todo por el todo. Es un estilo que nos recuerda el capítulo 5 del Evangelio de San Mateo.

Roma.

MANUEL RUIZ JURADO, S.J.

²³ Con terrible ironía rebate Tertuliano las excusas de la cobardía, que se refugia en la mera interioridad: «Sed aiunt quidam satis Dominum habere si corde et animo suscipiatur, licet actu minus fiat; itaque se salvo metu et fide peccare, hoc est salva castitate matrimonia violare, salva pietate parenti venenum temperare. Sic ergo et ipsi salva venia in gehennam detrudentur dum salvo metu peccant» (*De paen.* 5,10-11).

Tertuliano siente siempre la soberanía suprema de la voluntad de Dios: «Audaciam existimo de bono divini praecepti disputare, neque enim quia bonum est ideo auscultare debemus, sed quia Deus praecepit: ad exhibitionem obsequii prior est auctoritas imperantis quam utilitas servientis» (*De paen.* 4,6). Parece claro que ha tomado «bonum», en el sentido de «bonum utile». Pero también es claro, que tomando «bonum» en el sentido moral y transcendente, Dios no habría mandado nada moralmente malo; por tanto, no tiene sentido plantearse el problema sobre esa base.